



DICASTERIUM
PRO LAICIS, FAMILIA ET VITA

Centenario del nacimiento de San Juan Pablo II

18 de mayo de 2020

El centenario del nacimiento de San Juan Pablo II se sitúa en un momento del año muy especial, es decir, pocos días después de la Jornada Internacional de la Familia, celebrada por las Naciones Unidas, y en el mes dedicado a María que, en la exhortación *Familiaris Consortio*, San Juan Pablo II proclamó “Madre de la Iglesia doméstica”. Es a Ella a quien encomendó la primera célula de la sociedad, consciente de que el futuro del mundo y de la misma Iglesia habrían pasado por la familia.

Con pasión dedicó amplios capítulos de su Magisterio para mostrar al mundo la belleza y la centralidad de la familia. En 1993 tuvo la extraordinaria intuición de instituir los Encuentros Mundiales de las Familias que, desde el año 1994, y cada tres años, tienen lugar en un país diferente, para alimentar con un encuentro eclesial y pastoral el *corazón pulsante* de las familias en la Iglesia. “Familia, corazón de la civilización del amor” fue el tema del primer Encuentro. Siguiendo la misma línea, 28 años después, el próximo Encuentro convocado por el Papa Francisco en Roma, en el año 2022, será sobre el “Amor familiar: vocación y camino de santidad”.

En el fondo, el Magisterio de San Juan Pablo II, con la Carta a los niños, la Carta a las mujeres, sus inolvidables catequesis sobre el amor humano, sobre el matrimonio, sobre el papel insustituible de los padres y las madres, ha sido un himno a la vida, a la maternidad de cada mujer, a la tarea generativa de las familias y de cada persona humana que dice sí a la propia vocación. Y es esta vocación a la que también hoy tenemos que recurrir para hacer felices a nuestros jóvenes, a nuestros hijos.

Las primeras líneas de la *Familiaris Consortio* las dirigió precisamente a ellos, a los jóvenes que están para emprender su camino para realizar un proyecto de familia, para ayudarles a descubrir la belleza y la grandeza de la vocación del amor (FC 1).

Es un mensaje que no solo es actual, sino que continuamente es corroborado por el Papa Francisco cuando nos recuerda que las familias cristianas no están llamadas a proponer un ideal abstracto e inalcanzable de por sí, sino a dar un sencillo y directo testimonio de la Gracia que impregna nuestra vida cotidiana, con los esfuerzos, los dolores, las alegrías y las conquistas de cada día, de lo que nuestras alianzas son un signo y un símbolo.

Karol Wojtyła, en aquella exquisita obra teatral *El taller del orfebre*, explicaba que las alianzas son expresión de la fidelidad de la propia vocación, a pesar de todas las dificultades de la vida, no porque lo decidan así los esposos, sino porque son “forjados por el orfebre”, por Dios. Él es el autor de la Gracia que sostiene, es Él el primero en ser fiel al Amor que une a los esposos y a las familias. Es éste el poder del sacramento que aún hoy tenemos que volver a proponer. En la antigüedad, el *sacramentum* era el sello militar impreso con fuego en el brazo del soldado, que pertenecía al ejército, que jamás habría podido abandonar. De modo análogo, la familia cristiana lleva en sí el signo de Dios.

Esta es una de las herencias que San Juan Pablo II nos ha dejado. Tenemos el privilegio de poderla recoger para restituir – decía Juan Pablo II – a la familia cristiana de hoy, tentada por la desesperación y angustiada por las dificultades, razones de confianza en sí misma, en la misión que Dios le ha confiado. «Es necesario que las familias de nuestro tiempo vuelvan a remontarse más alto».

Que este aniversario sea la ocasión para encender en los corazones de todos nosotros, especialmente de nuestros pastores, el amor por las familias, trabajando por ellas, cuidándolas y apoyándolas como el Señor lo hace por su Pueblo.

Gabriella Gambino
Subsecretario
Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida